

Relato de una noche de miedo

Antes de dar inicio a mi relato, que más que relato es el testimonio de mi primera experiencia de las muchas que he vivido a lo largo de diez años que tengo de trabajar para el Instituto Nacional de Antropología e Historia y asignado al Museo Nacional de Antropología (MNA), en el turno nocturno desde el momento mismo de firmar mi contrato, debo decir que lo que siempre se ha comentado en relación con los hechos insólitos o anormales que suceden, en donde se manifiesta toda la energía llámese negativa o positiva, mala o buena que contienen todos los museos del país y los de cualquier parte del mundo es cierto y real, he aquí la prueba de mi relato de quien no creía en ello antes de esa noche especial.

Todo empezó una noche oscura y fría en el mes de noviembre del año 1989, tenía escasos dos o tres meses de haber entrado a trabajar al MNA confinado al turno nocturno, cuando llegado el momento de realizar el obligado recorrido por el interior de las salas y después de que el personal de mantenimiento había procedido con el apagado del alumbrado del interior de éstas, y quedando encendidas únicamente las luces de emergencia de las salas de arqueología, en especial las de etnografía, presentaban un aspecto tétrico y lúgubre, ya que como consecuencia de que el personal de mantenimiento apagó el alumbrado normal, las salas quedaron semioscuras dando con ello un ambiente de temor y desesperación por no poder salir corriendo teniendo que cumplir con el objetivo de revisar completa y totalmente hasta el último rincón de todas y cada una de las salas, con el propósito de supervisar el

bienestar y el buen trato del acervo histórico por parte de los visitantes nacionales y extranjeros que acuden diariamente al MNA. Fue precisamente que al llegar a la Sala Etnográfica de Huastecos escuché el golpeteo que producen los piecitos de un niño al correr y golpear el piso, así como el chasquido de una pequeña boquita al sonreír y minutos después las débiles notas que produce una flauta de carrizo, como las que utilizan los danzantes de nuestro país al realizar sus rituales y bailes autóctonos o ancestrales; los referidos sonidos escuchados por mí y un policía auxiliar que me acompañaba en el recorrido en esa noche, me preguntó reflejando en su cara asombro y temor: ¿oíste Chuchín?, ¿qué sería o quién sería?, y armándose de valor preguntó con voz temblorosa y baja: ¿quién está o anda por allí?, no obteniendo respuesta alguna; por lo que continuamos caminando hacia adelante escuchando nuevamente el correr de un niño con pies

descalzos y la sonrisa burlona, motivo por el cual me pregunté a mí mismo si sería posible que se hubiera quedado por descuido de sus padres algún menor en el interior del museo y especialmente en las salas de etnografía, pero dada la hora que marcaba mi reloj (las 21:30 horas), era imposible, puesto que el horario de servicio para el visitante es de 9:00 de la mañana a las 18:30 horas, se prohíbe el acceso a las 19:00 horas, para que se encuentre completamente desalojadas las salas visitadas, pero cual sería mi sorpresa y asombro que en ese preciso instante recordé que en la Sala de Etnografía alusiva a la etnia de los Huastecos había un maniquí que representaba a un niño con atuendos e instrumentos típicos de la

zona, perteneciente o integrante a una familia huasteca hidalguense, observé que el lugar que ocupara el maniquí de referencia se encontraba vacío, ya que me encontraba ubicado exactamente en la Sala Etnográfica de los Huastecos y en compañía de mi compañero de la policía auxiliar del 58 agrupamiento, en aquel entonces de nombre Sabino Santiago Cruz, apodado El Ratón, por ser muy bajito de estatura, quien al hacer la misma observación exclamó con exagerado temor: ¡mejor vámonos joven Jesús no nos vaya a salir el chamuco, esto es obra del diablo o de magia negra!, escuchando nuevamente la risa y el correr de un menor como si estuviera descalzo, hago la observación que ya sumaban tres veces las que en lapso no mayor de diez minutos habíamos escuchado lo mismo mi compañero de recorrido y yo, pero con lo que vimos segundos antes con relación a que faltaba el maniquí más pequeño traté de darle una explicación lógica a mi acompañante y a mí mismo para no dejarme suggestionar con lo que estaba aconteciendo, y posteriormente correr el riesgo de ya no querer trabajar por miedo o suggestion (ya que la mente en el ser humano es muy poderosa y nos hace ver y oír cosas), motivo por el cual traté por medio de radiocomunicación de informarme con el personal de vigilancia que había estado asignado en la multicitada Sala de los Huastecos, si el personal autorizado de museografía y etnografía habían retirado o reubicado específica y concretamente el maniquí en cuestión, a lo que recibí la respuesta que no, para ese momento mi compañero de trabajo y yo ya habíamos avanzado a otras salas revisando y preguntando con voz fuerte, pero

entrecortada por el miedo a encontrarnos o enfrentarnos a lo desconocido: ¿Hay alguien aquí?, ¿se encuentra alguien dentro?, ¡conteste por favor! no teniendo ninguna respuesta, pero esto no es lo especial de mi relato, lo verdaderamente insólito fue cuando al regresar y pasar nuevamente una vez más por la Sala de los Huastecos al mirar de reojo y rápidamente hacia el sitio donde minutos antes nos habíamos percatado de la falta del maniquí más chico, nuestro asombro y temor fue ¡mayúsculo! al descubrir que ahí se encontraba de nueva cuenta y colocado en su sitio de origen el multicitado maniquí de apariencia de niño, nada más que con una expresión o rictus de maldad, o pudiera ser también una actitud

diabólica y de burla, expresión reflejada en lo que formaba su cara de color moreno oscuro y cabellos lacios despeinados, negros como la misma noche de mi terrorífica experiencia, motivo por el cual mi compañero y yo apresuramos el paso para alcanzar la ruta más corta de salida, no sin antes comentar el poli: ¡ya ves manito, qué te dije ese méndigo maniquí está poseído, córrele mi amigo Chuchín, por lo más quieras, córrele duro manito! No sé cuánto tiempo habrá pasado, lo que sí sé es que a partir de esa noche la mentalidad y mi vida cambiaron al aceptar, creer y respetar todas las manifestaciones de lo sobrenatural.

Tiempo después de haber vivido en carne propia una situación de esa naturaleza o llámese paranormal, o también del más allá, conté mi experiencia días después a una persona de la bodega de etnografía, diciéndome que los atuendos que portaba el maniquí (niño) habían pertenecido a un niño de una fami-

lia de la etnia huasteca y, que al parecer murió en circunstancias algo extrañas, que posteriormente los atuendos e instrumentos del niño fueron donados al INAH, específicamente al área de Acervo Etnográfico y que las maquetas represen-

tativas de las diferentes etnias portan en ocasiones muy especiales atuendos e instrumentos originales para darles la autenticidad más natural y luzcan lo más real posible, y a su vez sean lo más representativas.

A partir de esa noche y a lo largo de diez años de trabajo nocturno, mi vida y trabajo se vieron afectados por un sinnúmero de hechos y experiencias de tipo parasicológico que para mi persona ya son de lo más normal, porque me he acostumbrado a trabajar cotidianamente con ellos, además de darles siempre una explicación lógica.

JESÚS BARRAGÁN HERNÁNDEZ
Museo Nacional de Antropología